

Accidente de un adulto

Introducción:

El Señor esté con vosotros... Familiares y amigos de ..., hermanos todos: La vida humana es un bien tan precioso que, cuando alguien la pierde de forma violenta por accidente, todos nos sentimos afectados y conmocionados. La muerte de ... nos ha reunido aquí, en esta Iglesia. Para unos esto es un acto de solidaridad con el difunto y con su familia, para otros, los que nos llamamos creyentes, es también un momento de oración y una manera de recordar la palabra y la promesa de Jesucristo: para Dios nada se pierde, nuestro destino es vivir y vivir felices en el reino eterno de Dios. Que esta celebración ayude a nuestro hermano a presentarse ante Dios y a nosotros a prepararnos para hacerlo también un día.

Comenzamos pidiendo perdón a Dios:

Por nuestro egoísmo que nos impide compartir con los demás lo que somos y tenemos. Señor ten piedad.

Por nuestro afán de dinero y de poder que nos impide descubrir que lo importante en la vida es el amor. Cristo ten piedad.

Por nuestra intolerancia y falta de respeto con los demás, que nos impiden descubrir la verdad de los demás. Señor ten piedad.

Y Dios todopoderoso...

HOMILIA:

Ante una muerte como la de ..., que a todos nos conmociona, sabemos que no hay palabras que puedan explicar tanta desgracia, todos sentimos que tampoco hay palabras que puedan consolar a su familia y amigos. Parece que lo mejor que podemos hacer es guardar silencio, porque en el silencio se aguanta mejor el dolor, porque ninguna palabra puede abarcar el sufrimiento de perder a un esposo, a un hijo o a un hermano en estas circunstancias. Sin embargo para que ese silencio no se convierta en desesperación, para que ese silencio se pueda llenar de un poco de luz que pueda dar un poco de sentido a la muerte de ..., necesitamos escuchar una palabra, una palabra que solo merece ser dicha porque la dijo Jesús de Nazaret. Viniendo de El, tiene por lo menos para nosotros la credibilidad del que ha experimentado el mismo dolor y el mismo abandono que ... y su familia. Sólo porque Jesucristo también pasó por la muerte, podemos hoy aquí, dejar que sus palabras iluminen nuestro silencio. Y las palabras de Jesús, fueron siempre de confianza en un Dios que no nos abandona en la muerte sino que nos da la vida eterna. El mismo experimentó todo el sinsentido y el abandono de Dios en la Cruz, pero eso no le impidió confiar, confiar y confiar en que el amor, tiene la última palabra, confiar y confiar en que la bondad y la misericordia de Dios son más fuertes que la muerte. Sus discípulos, Pedro, Juan, Mateo, María Magdalena, nos cuentan que después de muerto vieron vivo a su Maestro. Y por contarnos eso y mantenerlo fueron perseguidos y martirizados. Su testimonio es garantía para nosotros de que lo que vieron era verdad. Su testimonio nos confirma ese grito que desde nuestro interior surge siempre: la vida es amar y tener misericordia, el amor no acaba nunca, Dios es amor. Y ahora pedimos que el Espíritu de Jesús, el Espíritu del Dios vivo, ilumine

nuestro silencio y nuestro dolor, para que los que aún vivimos en este mundo, vivamos siempre preparados para encontrarnos con el Señor, porque no sabemos ni el día ni la hora. Que el Padre de la Misericordia acoja a ... y salve todo el amor y la bondad que tuvo en vida.

Despedida: Antes de separarnos oremos una vez más con fe y esperanza, confiando nuevamente en las manos de Dios a nuestro hermano

Hemos venido a esta celebración hondamente afectados. Salgamos de ella fortalecidos por las palabras del Señor. Cantemos a Cristo Resucitado....Señor dale el descanso eterno Descanse en paz

Accidente de un joven

(Lam 3, 17-26 V y Mc 15, 33-39, 16, 1-6 V)

Familiares y amigos de ..., hermanos todos: En estos momentos de profundo dolor, ninguna de nuestras palabras puede dar consuelo, ni puede explicar la muerte repentina de Levantamos nuestro grito al cielo, y echamos la culpa a Dios, ¿cómo puede permitir que ocurran estas cosas?. Si somos sus hijos, ¿cómo no hace nada para impedir tanto sufrimiento? Y nadie nos responde, nadie es capaz de ahogar el dolor por la pérdida de un hijo, de un hermano, de un amigo. Quizás nos decimos, es que Dios no existe, y todo es un cuento. Cuando el mal y la muerte golpea nuestras vidas, nos sentimos zozobrar en nuestras convicciones y en nuestra fe. El autor del libro de las Lamentaciones que hemos escuchado en la primera lectura, pasó por una situación parecida, de muerte y abandono, y hace 25 siglos escribía: “me han arrancado la paz y ni me acuerdo de la dicha; me digo, ya no tengo fuerzas y ni creo en Dios, fíjaos en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena... Pero hay algo que recuerdo y que me da esperanza: que la misericordia del Señor no termina nunca, El es fiel a sus promesas, y las renueva cada mañana.” Nosotros hoy, tenemos que hacer lo mismo que aquel hombre que escribió estas palabras hace tantos tiempo: recordar, traer a la memoria. Aquí en la Iglesia venimos recordando desde hace 2000 años que pasó por este mundo nuestro un hombre, Jesús de Nazaret, que vivió para hacer el bien a los demás, que nos habló de que existe un Dios que es Padre que nos dará la vida eterna. Este hombre bueno y sencillo que nos enseñó cómo vivir siendo verdaderamente humanos, murió asesinado. Y allí, elevado en la cruz, se sintió abandonado de Dios, y gritó al cielo Eloí, Eloí, lamá sabactaní, que

significa: Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado: ¡Cómo debió impresionar a los que presenciaban aquella muerte las palabras de Jesús que los evangelistas han querido dejarnos sus mismas palabras dichas en arameo! Sí, Jesús también sintió no sólo el dolor de morir, sino el dolor mucho más intenso de sentirse abandonado por Dios. Pero El desde la cruz, nos da su última enseñanza, se puede vivir y morir confiando, se puede vivir y morir confiando en Dios, confiando en que el bien es más fuerte que el mal, confiando en que la vida y el amor son más fuertes que la muerte. Luego vino la resurrección, la alegría inmensa de aquellos discípulos que lo vieron vivo, y desde entonces esta historia es repetida una y mil veces en todos los confines del mundo, llenando de esperanza los corazones de millones de personas. Nosotros también hacemos aquí memoria y recuerdo de esta historia, porque es la historia de Dios con nosotros, es la historia de cada uno de nosotros, es la historia de ..., vivo y muerto para Dios. ... fue unido a Cristo en su bautismo, fue unido a su muerte y a su resurrección. A nosotros nos toca esperar, confiar, y depositarle en manos del Dios de Jesús. Y a pesar de que no comprendemos, a pesar de nuestro dolor, dejar que surja de nuestro corazón, la palabra Padre, Padre nuestro, libra a ... de la muerte eterna.

Que el Espíritu de Jesús os comunique toda la fuerza y el consuelo que necesitáis y que un día volváis a ver a vuestro hijo y hermano en la casa de Dios Padre.

Confianza en las promesas del Señor

Lecturas: AT Sabiduría 4, 7-15 - III, NT Juan 17, 24-26 - XVIII

Hemos escuchado un trozo del discurso de despedida del Señor. Es la Última Cena, Jesús se está despidiendo de sus discípulos y ante la proximidad de la muerte, abre su corazón y expresa sus más íntimos deseos. Y su deseo dirigiéndose al Padre lo expresa así: “que los que me confiaste, Padre, estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas antes de la fundación del mundo”. Y este deseo de Cristo, nosotros lo retomamos en la despedida de nuestro hermano ... El fué incorporado al Cuerpo de Cristo por el Bautismo, y como el Señor, ... también conoció en su vida lo que significa el trabajo, sacar una familia adelante, también la alegría y las tristezas, la debilidad y finalmente la muerte, todo eso que nos hacen a todos humanos. Ahora ... ha entregado su vida a Dios, y nosotros expresamos también el mismo deseo que Jesús: “Padre, que donde esté Jesucristo, esté también ..., contemplando y participando de su gloria”.

Y nosotros, los que aún vivimos en este mundo, nos detenemos unos minutos a pensar, a reflexionar sobre nuestra vida. Y si sabemos que nuestro destino es encontrarnos con el Señor, bueno será que comencemos a vivir ya aquí con El, aceptando sus actitudes y sus criterios, contemplando esa gloria que El nos mostró en su vida entregada en el servicio a los demás. Esa Gloria que el mundo no conoce y rechaza, pero que nosotros sabemos es la verdadera gloria de los hombres. Aquí nuestra Gloria se manifiesta en el servicio callado, humilde y generoso hacia los demás, en la vida futura esa Gloria se manifestará con todo el esplendor que Dios tiene. Que esta despedida de nuestro hermano nos anime a todos a confiar en Dios y a entregarnos al servicio de los demás.

Confianza en Dios

Rm 14,7-9 (VIII): En la vida y en la muerte somos de Dios. Jn 14, 1-6 (XVI): Creed en Dios y creed también en mí. Todos buscamos respuestas al enigma de la muerte. Todos nos hemos hecho a veces la pregunta de si habrá algo más allá. ¿Dónde se va todo lo que amamos, tantas alegrías y sufrimientos! ¿Dónde se queda tanto esfuerzo y tanto trabajo!... Los años pasan con rapidez, sentimos que apenas hemos podido hacer lo que deseábamos. Los ideales de juventud, las ilusiones, todo se va pasando y nos va quedando esa sensación de que muchas veces, demasiadas, la vida no cumple las expectativas que hemos puesta en ella. Y siempre está ahí la muerte, acompañándonos durante toda la vida, primero en la muerte de los familiares y amigos, después en ese deterioro progresivo que vamos sintiendo en nuestros cuerpos anunciador de que en el horizonte, también a nosotros, nos espera la muerte. Pensar en la muerte es incómodo, preferimos huír de ese pensamiento, no queremos hacernos preguntas. Preferimos vivir al día, y mañana... ya veremos. Nosotros los cristianos, tampoco tenemos respuestas para el enigma de la muerte. No sabemos por qué tenemos que morir, por qué mueren los inocentes y los jóvenes, por qué parece que el mal acaba destruyendo lo que más queremos. Nosotros los cristianos sólo tenemos la palabra de un hombre como nosotros, Jesús de Nazaret, que vivió hace dos mil años y que nos prometió la vida eterna si creíamos en El. El nos anunció con sus palabras y con sus obras la buena noticia de que existe un Dios que es Padre misericordioso, que está en el origen del Universo y de la vida. El, con su ejemplo nos enseñó que podemos pasar por la vida y por la muerte confiando en este Padre bueno, a pesar de que muchas veces no comprendemos el porqué de las cosas. Para nosotros los cristianos, Jesucristo es como ese faro que en el mar de la vida nos guía en medio de las tormentas y las

tinieblas. Sí, sólo tenemos su palabra y la confianza que le han dado millones de personas a lo largo de la historia. Quizás para algunos no sea gran cosa, para nosotros los que creemos la vida con El se ilumina de esperanza: con El sí merece la pena amar, merece la pena sufrir, merece la pena trabajar por un mundo mejor, merece la pena perdonar y compartir y ser solidarios. Porque El, Jesús, así lo hizo. Porque nosotros somos sus discípulos, hijos de Dios, herederos de la verdadera vida. “En la vida y en la muerte somos del Señor”, nos decía San Pablo. En esta fe nosotros hoy damos las gracias a Dios por la larga vida de Antonio, por su amor, su trabajo, sus desvelos, por todo lo que dio a su familia, y pedimos que tenga misericordia con sus defectos y errores, y que un día podamos encontrarnos todos en la casa del Padre. Amén.

En Adviento

Esperar contra toda desesperanza

Familiares, amigos y hermanos todos. En mitad del Adviento, nos toca despedir a Lo hacemos con tristeza porque la muerte nos arrebatara a un ser querido pero también lo hacemos con agradecimiento, porque toda vida es buena y bendita para Dios. Pero sobre todo esta despedida, los cristianos la hacemos con esperanza. Esperanza en que ... que se unió a la muerte de Cristo por el Bautismo, lo sea ahora también por la resurrección.

Aunque es verdad que esto de la esperanza, como lo de tener fe, no es tan fácil. Porque la vida se empeña una y otra vez en poner a prueba nuestros mejores deseos y esperanzas. La vida con todo su cortejo de desamores y desengaños, las dificultades por encontrar un trabajo digno, la enfermedad que acaba apareciendo inexorablemente y tarde o temprano, la muerte. Todo esto hace mella en nosotros, con los años se instala en nosotros el cansancio, la desilusión, la desconfianza y acabamos malviviendo o sobrellevando la vida instalados en el más feroz individualismo y egoísmo. Y no hay cosa que más se parezca a la muerte que esa soledad en la que se encierra el que ha desesperado de todos y de sí mismo. Por eso, ¿qué podemos hacer para recuperar la esperanza o para no perderla?. Es cierto que la vida nos golpea a veces duramente, es cierto que estamos desengañados, desengañados del amor, desengañados de la política, desengañados de la Iglesia. Es cierto que muchas veces no tenemos ganas de nada. Pero también es cierto que la solución no pasa por abandonarlo todo, por desertar. Es necesario que aceptemos que las personas crecemos a base de conflictos y de crisis, es necesario que comprendamos, como decía el poeta, que el camino se hace al andar y que la verdadera humanidad está no en evitar los tropiezos sino en ser capaz de levantarse de nuevo y en intentarlo una y otra vez. Pero aún así podemos preguntarnos: ¿pero dónde

podremos apoyarnos? ¿Dónde sacaré fuerzas para levantarme una y otra vez? Nosotros, aquí en la Iglesia, creemos que encontramos ese apoyo, esa fuerza que nos ayuda a seguir adelante. Nosotros creemos que aquí, en esta Iglesia santa y pecadora, se recuerda y se celebra el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad: la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Un acontecimiento que nos interpela y ante el que no podemos quedarnos indiferentes. Y si bien es verdad que como comunidad de seguidores de Jesús, tenemos mucho que aprender y mejorar, también es verdad que aquí no celebramos lo buenos o malos que somos sino lo bueno que es Dios y lo mucho que nos ama. Algunos piensan con razón que no es necesario venir a misa para ser buenos. ¡Por supuesto! Pero los que venimos a misa tenemos la conciencia de que somos olvidadizos, de que somos perezosos y fácilmente tendemos al egoísmo y la desesperanza, por eso necesitamos que semana tras semana se nos recuerde que a pesar de todo, a pesar el desengaño, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra sobre el ser humano. El simple hecho de compartir aunque solo sea la escucha de la palabra de Dios cada domingo, supone ya un aliciente, un salir de nosotros mismos hacia los demás, una luz que se enciende cada semana en nuestra vida recordándonos que hay otro horizonte para la existencia, un sentido para vivir.

Hermanos, muchos habéis puesto en cuestión vuestra pertenencia a la Iglesia y vuestra práctica sacramental. Manteneis vuestra presencia en los entierros como deferencia a las familias del difunto, y esto os honra. Pero desde aquí también os invitamos humildemente a no abandonar esta Iglesia que nos vio nacer y a perseverar en ella, descubriendo la fuente de esperanza que muchas veces se esconde detrás del pecado de la comunidad. A no abandonar las instituciones por mucho que nos defrauden luchando por mejorarlas, a no cejar en vuestro empeño por amar, por muchos desengaños y dificultades

que encontremos. Y todo esto apoyándonos en Cristo, el vencedor del mal y de la muerte. Esta oportunidad que hoy se nos da a todos de repensar nuestra vida y nuestra pertenencia a la Iglesia, es un motivo más para dar gracias a Los muertos siempre tienen para nosotros mensajes que es necesario escuchar con los oídos del corazón. Gracias por tu vida ..., gracias por tus trabajos, sufrimientos y alegrías, gracias por tus virtudes y por tus defectos. Que el Señor te acoja y colme de felicidad todas tus esperanzas y se cumpla en nosotros la esperanza de encontrarnos juntos un día.

Anciana, viuda y creyente

Sab 3,1-9 y Jn 17,24-26 “La vida de los justos está en manos de Dios, sufrieron un poco, recibirán grandes favores, porque los halló dignos de él” ¿Qué cosa podemos decir mejor de ... que estas palabras del libro de la Sabiduría que hemos escuchado? Su vida está en manos de Dios, lo estuvo y lo está ahora, como siempre lo supo ella. Sufrió mucho en la vida con la muerte prematura de su marido y de sus hijos, tuvo que luchar y pelear por sacar la familia adelante, nos dejó el testimonio de su fe siempre firme y fiel a la Iglesia. ¿Qué más podemos decir de ...? Sus defectos, sus fallos, quedan oscurecidos por el cariño y simpatía que nos mostró a todos. Ha vivido una vida plena, nos ha dejado casi sin enterarnos, sin molestar. Hoy aquí, damos gracias a Dios por la vida de Hoy aquí pedimos al Padre que se cumpla el deseo de Jesús que hemos escuchado en el evangelio: “que todos los que me confiaste estén conmigo y contemplen la gloria que tú me diste”. Apoyados en esta fe, la misma fe que manifestó y mantuvo ..., nos consolamos con la esperanza de que un día nos encontraremos con ella. Nosotros aquí mantendremos vivo su recuerdo, esta comunidad cristiana de Aras echará de menos su presencia, su testimonio y su oración.

Hermanos todos, que esta celebración nos sirva a todos para renovar nuestra fe, para recuperar la ilusión por vivir haciendo el bien, para aprender a confiar en Dios, porque pase lo que pase todo redundará en bien del que sabe confiar en El. Esto es lo que ... hubiese querido para nosotros. Que ella nos ayude a conseguirlo desde el cielo.

En Cuaresma

1Jn 3,14-16; Jn 6, 37-40 “Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida: lo sabemos porque amamos a los hermanos”. Con estas palabras, San Juan nos saludaba en la primera lectura que hemos escuchado. San Juan es el evangelista que quizás mejor ha sabido captar cuál es la clave, el sentido de la existencia. El evangelista nos dice algo que todos los seres humanos hemos sabido siempre, o al menos hemos sospechado, que la vida consiste en amar, que sólo el amor permanece más allá de la muerte, que sólo cuando se ama de verdad merece la pena vivir. Y ese amor procede de Dios porque Dios es amor. Dios ha creado el universo y al ser humano por amor, y por amor le ofrece compartir su vida, la vida eterna en la persona de su Hijo Jesús. Y este Dios que se nos ha revelado como Padre, nos da ahora su Espíritu para que podamos amar a la manera de su Hijo Jesucristo. Y es el amor, el amor que hayamos dado a lo largo de nuestra vida a los demás, un amor materializado en hechos concretos de perdón, solidaridad y servicio, es ese amor el puente que nos permitirá pasar de la muerte a la vida.

Pero nos equivocariamos si pensásemos que San Juan nos habla sólo de la vida eterna. Para él todo el que no ama a su hermano, ahora y aquí mismo, está muerto, y en esto coincide con nuestra experiencia de que el odio y el rencor que anidan en nuestro corazón acaban matando en nosotros todo bien y felicidad. Si tan importante es para nuestra vida el amar, amar a la manera de Dios, será bueno que a menudo hagamos examen de cómo va nuestra vida en esta asignatura tan importante. La Iglesia durante este tiempo de Cuaresma que estamos viviendo, nos invita a examinar y profundizar en nuestra vida. Quizás hoy de lo que más andamos necesitados es de la reconciliación. Buscar incansablemente la manera de reconciliarnos con el hermano, con el primo o el vecino. Pedir la ayuda de Dios y dejar de lado nuestro orgullo

y nuestros derechos si es preciso. ¡Qué buen ejercicio cuaresmal si consiguiésemos estos días romper esa coraza de rencor y salir al encuentro de aquel con quien no nos hablamos desde hace tiempo! Sentiríamos vivir en nosotros la vida de Dios que siempre nos perdona y nos acoge. Ese Dios que hace llover sobre buenos y malos y se sienta todas las tardes a la puerta de su casa esperando la vuelta del hijo pródigo. Y ante este Dios Padre misericordioso ponemos hoy la vida de María. Que le perdone sus faltas y premie su amor. Que le de la vida que nos ha prometido en Jesús. Y que a nosotros nos permita un día gozar de ese amor de Dios que nunca se acaba.

La Fe de los cristianos

Queridos familiares y amigos de ...: Nos hemos reunido junto al cadáver de nuestro hermano, para darle nuestro último adiós, y lo hacemos aquí, en la Iglesia que un día le recibió y le engendró por el bautismo a la vida de Cristo. Desde aquél día, ... ha vivido, ha amado, ha trabajado, ha gozado y ha sufrido, pero sobre todo ... ha creído. Ha creído que por encima de todo pertenecía al Señor. Y esa fe de ... es la que hoy celebramos. La fe que es respuesta a la llamada de Dios. La fe que es acogida de la vida que Dios nos quiere dar. La fe que es compromiso con la paz y justicia de este mundo, y la fe, finalmente que nos hace esperar en un mundo nuevo donde Dios lo será todo en todos. Algunas personas encuentran dificultades para creer en la Resurrección, y realmente creer en la resurrección es difícil porque no hay ninguna evidencia física de ello. Pero el camino de la fe, la posibilidad de llegar a creer en la resurrección va por otros derroteros. Quizás el problema de estas personas que no creen o no quieren creer en la Resurrección es a la larga que no quieren comprometerse con nada ni con nadie. Porque para creer en la resurrección primero hay que acoger la llamada de Dios a colaborar con El en una manera concreta de construir el mundo y la sociedad; para creer en la resurrección primero hay que amar y haber experimentado que cuando uno ama de veras, cuando se ama gratuitamente sin esperar nada a cambio, dándose por entero, muriendo al propio egoísmo, entonces la vida surge a nuestro alrededor. Porque la gran paradoja de la vida es que no se consigue reteniéndola, sino dándola a manos llenas, haciendo que otros vivan gracias a nuestra entrega generosa. Y es ahí, cuando uno lo ha dado todo, cuando no queda más que un grito que se eleva al cielo, es ahí cuando sobre el desierto de nuestro corazón cae como lluvia generosa la esperanza y la fe en la resurrección. Esta es la forma de vivir y de morir

que nos enseñó Jesús, ésta es la forma de vivir y de morir que nos plenifica como seres humanos y nos hace herederos de la vida eterna que Dios da a todos los que viven o intentan vivir como su Hijo Jesucristo. Y porque hemos conocido a Jesús, porque hemos experimentado en nuestra vida la muerte al egoísmo por amor a los demás, por todo eso, creemos en la Resurrección. Hoy y aquí, celebramos no la muerte de ... sino su nacimiento a la vida de Dios. Y pedimos que el Señor le acoja en su presencia, y que un día nos encontremos todos juntos.

La respuesta de Dios al interrogante sobre la muerte

"Después de que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios, yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán". Así hablaba Job en la primera lectura que hemos escuchado. Job ha descubierto en medio de su desgracia, en medio de la muerte, la presencia callada y silenciosa de Dios. Después de la rebelión, Job ha decidido finalmente poner toda su confianza en Dios, a pesar de que Dios calla, a pesar de que parece que no hay respuesta a la injusticia del sufrimiento y del dolor, Job acepta y confía. Job vivió antes que Jesús, y en cierta medida Job no tuvo la suerte de conocer la respuesta de Dios a la muerte. Nosotros sí la hemos conocido en Cristo. Nosotros hemos descubierto en El, algo mejor que la respuesta a la muerte, algo más importante y más decisivo para nuestra vida: el sentido que tiene el sufrimiento y la muerte. Nosotros hemos visto en Jesús, que la vida entregada al amor y al servicio de los demás, tiene futuro, tiene continuidad. Nosotros hemos comprendido gracias a Jesús, que el sufrimiento y la muerte no son más que la otra cara del amor tal como es posible vivirlo en este mundo. Nosotros sabemos por Jesús, que el amor y el servicio a los demás es lo único que en este mundo tiene capacidad para superar la muerte. Sólo muriendo como el grano de trigo se puede dar fruto. Cristo ha tendido

por nosotros el puente entre esta vida caduca y la vida eterna, entre este amor sufriente y el amor gozoso. Por eso, ser cristiano no es otra cosa que vivir en una continua acción de gracias a Dios. Gracias por la vida que nos ha dado, gracias por todos los acontecimientos, gracias por todas las personas que hicieron el camino de la vida a nuestro lado, gracias por lo bueno y por lo malo, gracias sobre todo por su Hijo, Jesús, que muriendo por nosotros nos ha abierto las puertas de la felicidad eterna. Y hoy aquí, ante el cadáver de ..., también le damos gracias a Dios, por su vida, por su trabajo y por su servicio, también por su sufrimiento que lo ha unido al sufrimiento de Cristo, y gracias finalmente por su muerte que le ha permitido unirse a la muerte y a la resurrección de Cristo. Esta es nuestra fe y nuestra confianza que aquí confesamos y proclamamos.

Una niña

En el atrio de la Iglesia: El Señor esté con vosotros... Hermanos:
La muerte de esta niña, nos entristece a todos. Este es el momento para que renovemos nuestra fe y esperanza en Dios, quien nos prometió por boca de Jesucristo la vida eterna. Que el Padre de todo consuelo os conforte en la tribulación. En la Iglesia Hermanos, habéis venido a la Iglesia, acompañando a una familia que sufre por la separación de su hija. Esta niña, que fue recibida en la familia de los hijos de Dios por el Bautismo, ha completado en poco tiempo su peregrinación por este mundo. A Jesús, que mostró preferencia por los niños, por los pobres y por los débiles, encomendamos a ... y a vosotros, sus padres, para que os consuele y os confirme en la paz y esperanza cristianas.

Comenzamos reconociéndonos pecadores. Homilía Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ninguno de nosotros muere para sí mismo. En la vida y en la muerte somos del Señor. Nunca mejor dicha esta reflexión de San Pablo que hemos escuchado en la primera lectura. Hace unos pocos meses que esta niña recibió el Bautismo con el que sellamos su pertenencia a Dios. El Bautismo es el sacramento más importante de nuestra vida cristiana, ... a pesar de su corta edad participó plenamente de la salvación que Cristo nos ha dado y de la que participamos en su Iglesia. Y por eso, hoy como comunidad sentimos y lloramos su pérdida, aunque también nos consolamos con el triunfo de Cristo sobre la muerte. Ante Dios la corta vida de ... no significa nada, porque un año en su presencia son como mil años. A pesar de su corta vida, ... ha dejado un vacío en su familia. ... nos ha dejado su inocencia. Y ... ha dejado también el testimonio del cariño y los desvelos de sus padres. Quizás esa era la misión que Dios había confiado a su hija Revelarnos que todos somos importantes, mostrarnos que toda vida es sagrada para Dios. Dios está más allá de nuestras debilidades y

deficiencias. Dios es capaz de hacer brotar vida y alabanza de las piedras. Dios es capaz de hacer que sus niños sean verdaderos apóstoles de paz y amor. Queridos padres y familiares, guardad el recuerdo de vuestra hija, permaneced unidos en el amor que ella despertó, y todos nosotros damos gracias a Dios por la vida de ..., por la fuerza de la vida y del amor que renace mil veces en medio de nosotros y que es más fuerte que todas las señales de muerte.

Que el Señor de vivos y muertos nos ayude a caminar por la vida superando el pecado, el mal y la muerte, con la esperanza firme en el día feliz en que nos encontraremos con ... en presencia del Señor. Oración de los fieles Hermanos, invoquemos a nuestro Padre Dios que resucitó de entre los muertos a su Hijo Jesucristo y pidámosle la resurrección y la vida plena para



P

cristianos seamos siempre defensores de la vida en todas sus manifestaciones. Roguemos al Señor.



Po

los niños que pasan hambre, por los niños que son explotados en el trabajo, por los niños que sufren la violencia de los mayores, para que el Señor les proteja y nosotros nos mostremos solícitos y solidarios con ellos. Roguemos al Señor.



Po

nuestra ayuda y testimonio por el camino de la paz y la justicia. Roguemos al Señor.



Po

nos ha prometido. Roguemos al Señor.



P

de ..., para que el fallecimiento de su hija les una aún más en el cariño y el respeto, y encuentren en la fe el consuelo y la paz. Roguemos al Señor.



coherentes con el Bautismo que hemos recibido. Roguemos al Señor.

Ultima recomendación y despedida ... ha entrado en el tiempo y en la vida de Dios. Su cuerpo, que ahora vamos a sepultar, un día resucitará y florecerá eternamente en la primavera de una nueva vida. En la esperanza de esta vida, supliquemos a Dios Padre que consuele a sus

padres y familiares y nos mueva a todos a desear siempre vivir para el amor y la paz y así alcanzar la vida eterna. Los ritos de la aspersion y del incienso nos recuerdan una vez más la vida que ... recibió en el bautismo. En nombre de la familia de ... y de la comunidad cristiana, os agradecemos a todos vuestra presencia y vuestra oración.

La fe en la Resurrección

Familiares de ... y hermanos todos: En este tiempo de Pascua, estamos celebrando la Resurrección de Jesús, el acontecimiento más importante de la historia para un creyente, la victoria de Cristo sobre la muerte, la victoria de la vida y del amor de Dios, más fuerte que el pecado y las limitaciones del hombre. Y como cristianos que hemos sido hechos hijos de Dios en Cristo por el Bautismo, celebramos también la Resurrección de nuestro hermano ..., su paso a la vida eterna.

Crear en la Resurrección no es una cuestión de más o menos inteligencia, tampoco es cuestión de comprender cómo podrá darse o cómo es posible. Creer en la Resurrección es sobre todo una cuestión de confianza. Confianza en Cristo, en sus palabras y en su promesa. El prometió la vida eterna para todos que quieran acogerle. Y por sus obras, por su coherencia de vida, nosotros sabemos que podemos confiar en El. Confianza en aquellos testigos de la resurrección que nos dicen que lo vieron vivo y que esa experiencia fue capaz de cambiar por completo sus vidas. Confianza en los miles de testigos que a lo largo de la historia han creído y han dado su vida por esa fe. Y confianza también en el amor, en ese amor que sentimos y que aunque se nos muestra débil también se nos muestra con necesidad de eternidad. Y esa confianza es la que nos da valor y fuerza para seguir caminando por la vida, para seguir luchando por un mundo más justo y solidario, para amar siempre, cueste lo que cueste. Porque la resurrección nos dice que merece la pena el esfuerzo, que todos los gestos de amor y solidaridad son fecundos y transformados por Dios en vida verdadera. Hermanos, ante el cadáver de nuestro hermano, reafirmemos nuestra fe y nuestros deseos de trabajar para que este mundo sea cada día más humano y más fraterno.

El sentido de la vida

Querida familia de ..., amigos y hermanos todos: La muerte, una vez más se ha llevado a uno de los nuestros. En estos momentos nuestro corazón y nuestro pensamiento buscan respuestas, un sentido a la muerte. Sentimos la herida profunda de la ausencia de El vacío que nos deja. Tanto más cuanto más grande era vuestro cariño por él. Por eso seguimos buscando respuestas, porque no podemos soportar que todo el amor desplegado en vuestra familia, todo el trabajo, los buenos y malos momentos pasados con ..., acaben aquí. El hecho de la muerte, con toda su crudeza, nos revela una vez más algo que todos sabemos pero que tendemos a olvidar, que la vida del hombre es como una sombra que pasa, como hierba del campo que hoy florece y mañana se marchita, empleando palabras del salmista. El tiempo consume rápidamente nuestra vida. Y nos seguimos preguntando cuál es el sentido de la existencia, ¿merece la pena amar si todo acaba en la muerte? ¿merece la pena tanto trabajo y sufrimiento? ¿merece la pena también tantas alegrías, si todo dura un instante fugaz?. Todos los seres humanos nos hemos hecho alguna vez estas preguntas. Son preguntas que tememos hacernos porque nos desinstalan. Muchos huyen de ellas entregándose a consumir su vida detrás del dinero, del placer, del poder, del tener cosas que llenen ese vacío que todos llevamos dentro.

Nosotros, aquí, en la Iglesia, desde hace casi dos mil años, creemos haber encontrado una respuesta a esas preguntas, una respuesta que se nos ha dado gratuitamente y que no nace de nuestros deseos. Una respuesta que no pretende darnos un fácil consuelo, sino implicarnos en una difícil tarea. Una respuesta a la altura de la dignidad del ser humano. Esta respuesta está en Cristo Jesús muerto y resucitado, en el Jesús real que vivió en este mundo haciendo el bien, que lo mataron por decir la verdad, que mantuvo hasta la muerte su adhesión a un Dios Padre bueno

que nos da la vida verdadera. Esa vida que vieron y experimentaron unos testigos que hasta hoy nos han transmitido como buena noticia. Por eso, aunque con humildad, aún con el corazón dolorido, aún sin comprender totalmente, nosotros los cristianos, vivimos con confianza, al estilo y a la manera de Jesús, que confió siempre en su Padre Dios. Por eso también comprendemos que nuestra vida aunque es como una sombra que pasa es una sombra de Dios. Mejor aún, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios sabemos que el amor nunca muere, porque estamos hechos de la misma esencia que constituye a Dios: el amor. Por eso también comprendemos que si la vida es amor, la vida tiene que morir de amor para dar frutos de amor, como el grano de trigo, como Jesús. Muere la vida pero no la persona que vive para Dios, con la vida de Dios. Por eso, el mejor consuelo y esperanza que encontraremos será revivir y recordar el amor que sentisteis por ..., el amor que sentimos por nuestros familiares y amigos difuntos, revivirlo y recordarlo bajo la mirada del Dios Padre que nos ha revelado Jesús, y dejar que la confianza en Dios, la confianza en todo lo bueno y hermoso que tienen las personas y el mundo renazca en nuestro corazón. Que el amor de Dios y el amor de ... os mantenga unidos siempre en el amor, a vosotros familiares que lo estuvisteis en su vida, en su enfermedad y en su muerte. Que crezcáis en el amor todos los días de vuestra vida, y que un día nos encontremos juntos, junto al Padre de todos, felices en el cielo y la tierra nuevas que se nos han prometido.